



**S E G U R O   S O C I A L**  
una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.



# BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado Postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de P.

SUSCRIBASE A LA

# BIBLIOTECA SELECTA

# **AROELECTRICA, S. A.**

**SERVICIOS ELECTRICOS**

Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, N° 10

Tel. 2156

Apartado 143

Panamá, R. P.

Avenida  
Justo Arosemena  
y Calle 12

Tel. 1088-L

Colón, R. P.

**BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año II • Junio de 1947 • No 18

Rogelio Sinán

**DOS AVENTURAS EN  
EL LEJANO ORIENTE**

Ilustraciones de  
L. A. Franco

BIBLIOTECA SELECTA  
PANAMA  
1 9 4 7

Proximamente

# CARABOBO

Por el Doctor

RICARDO J. ALFARO

## ROGELIO SINAN

(autobiografía)



Nací en la isla de Taboga el 25 de Abril del año 1904. Mis primeros estudios los hice en diferentes escuelas públicas hasta el momento en que pude cobijarme bajo el amparo protector de las cariátides del Instituto Nacional. Obtuve el grado de Bachiller en el año 1923. Con mi diploma bajo el brazo partí a la búsqueda de una colocación que conseguí

al fin —y de menguado salario— en el severo National City Bank. Entre cifras y saldos me debatí tres meses al final de los cuales creí más provechoso continuar mis estudios en Santiago de Chile. Me inscribí en el famoso Instituto Pedagógico de esa ciudad y completé el primer año de Castellano. El gran ambiente de Santiago y mi trato frecuente con poetas y artistas me abrió amplios horizontes y un enorme deseo de vivir en Europa, gran anhelo que pude realizar, gracias a mi padre, en el año 1926. Logré, pues, trasladarme a la soberbia ciudad de Roma en cuya antigua Universidad completé el curso de Filosofía y Letras. Compenetrado con las nuevas corrientes literarias, escribí y publiqué en Roma mi primer libro de poemas ("ONDA", 1929). Regresé a Panamá en el año 30 e inicié la batalla proselitista en beneficio de la nueva poesía desde mi cátedra de Castellano y Estética. Sin embargo, nostálgico de Europa, me embarqué nuevamente con rumbo hacia París donde viví casi un año con muy escasos medios. Vuelto al Istmo por falta de recursos, me reintegré a mis clases del Ins-

tituto (1932). Desde esa fecha me dediqué a la noble y abnegada tarea de la enseñanza hasta el 37, año en que fui nombrado Cónsul General de Panamá en Calcuta. Mi postrera faena docente fué el estreno de mi farsa para teatro infantil intitulada "LA CUCARACHITA MANDINGA", cuya presentación en el Nacional fué un verdadero e inesperado acontecimiento.

Mi nombramiento de Cónsul me dió oportunidad de hacer un viaje alrededor del mundo, maravillosa gira a la cual debo estas **DOS AVENTURAS EN EL LEJANO ORIENTE** que publica hoy "SELECTA". Regresé a Panamá en el 39 y me tocó organizar el malogrado Departamento de Bellas Artes, de felice memoria. En el año 45 obtuve el Primer Premio en el Concurso Ricardo Miró con mi novela **PLENILUNIO** actualmente en prensa. Y en el 46 inicié esta sencilla y diminuta "Biblioteca SELECTA" cuya publicación ha continuado hasta ahora contra viento y marea.

Rogelio Sinán.

Junio de 1947.







## HECHIZO

Terminado el trabajo de la fotografía, me fui a cazar, una tarde, por los alrededores de Hong Kong. Llevaba mi morral y mi fusil. Se daban por allí unos conejillos de carne muy sabrosa, y tenía la esperanza de cazar uno de ellos.

Había ya caminado bastante, sin hallar nada, y estaba algo cansado y sediento; de manera que me acerqué a una casa que divisé desde lejos.

Un chino viejo fumaba su cachimba.

Me llamó la atención, desde que llegué, una chinita, con un pañuelo rojo atado a la cabeza, que me sonrió muy amable.

Cuando pedí agua, fué ella quien me la trajo.

Me la entregó con una graciosa reverencia.

Atraído por la gracia de la criatura, comencé a conversar con el viejo sobre los campos, las cosechas y otras cosas.

Yo, en mi interior, ya me había hecho el más firme propósito de no perder aquella deliciosa ocasión.

Pasaban otras mujeres ajetreadas, que entraban en la casa.

Unos hombres volvían, cansados del trabajo en el campo.

Yo seguía conversando con el viejo.

La chinita, que había estado ocupada en la cocina, reapareció, de pronto, con un rastrillo al hombro, y dirigióse, con pasos menuditos, hacia el campo de arroz.

Esperé que estuviese algo distante; me despedí del viejo; di un largo y fatigoso rodeo; pasé un bosque de enmarañada vegetación, y fui a salir a una especie de colina, desde la cual divisé a la chinita, sobre los surcos, atenta a su faena.

Al verme, dió señales de inquietud y agrado. Creí que iba a escapar; pero no se movió. Sin embargo, sus gestos me hicieron comprender que era imprudente bajar al campo. Podía mirarme el viejo.

Descendí hasta unas plantas de la ladera. De un solo salto podía caer al campo; pero el bosque era propicio al romance.

La chinita seguía limpiando el surco para ocultar su miedo.

—Di una vuelta —le dije—; pero no he hallado nada.

—No es el tiempo.

Seguimos conversando. Los reflejos de las últimas luces le enrojecían el rostro. Estaba inquieta. No se atrevía a subir. Decía que el viejo era terrible.

—Si no subes —le dije— doy un salto y te beso.

La convencí. Subió, le di la mano para hacerla llegar; dió un pequeño traspié, y cayó entre mis brazos, sencilla.

Recogí su inquietud entre mis labios, sin darle tiempo de reponerse.

Temblaba. Se quería escabullir; pero sus gestos de defensa, ya lánguidos, eran un incentivo a mi deseo.

La besaba en la boca, golosamente; la besaba en los ojos, y la sentía vibrar, acezante, como una besticilla indefensa.

De repente ladraron unos perros. La chinita se desprendió, asustada; saltó al campo de arroz, cogió el rastrillo y huyó vuelta una liebre...

Me quedé como en ascuas. ¿Qué hacer? ¡Malditos perros! ¿De dónde habrían salido? Permanecí sentado allí un instante. No quería resolverme a perder la dichosa aventura. Sin embargo, iba ya oscureciendo, y una densa neblina caía sobre las cosas. No era prudente permanecer de noche en el campo. Si aligeraba el paso, podía llegar con tiempo a la ciudad; pero había algo más fuerte que todos mis temores; algo que me obligaba a permanecer. No podía irme. Siempre el sexo ha sabido jugarne tales bromas. Mi voluntad nunca ha sabido sobreponerse. Era preciso ir a la casa del chino. Quería sentir de nuevo entre mis brazos a la inquieta criatura.

Me levanté. A lo lejos bailaba en espirales el humo de la casa.

Volví a hacer el penoso rodeo, y llegué bien cansado al "bungalow" del chino. Estaba todavía allí sentado fumando su opio.

—Me he demorado un poco rastreando —le dije—, y ahora se me ha hecho tarde; la noche va a venir y no me atrevo a seguir solo mi viaje hasta Hong Kong.

Con esa indiferencia propia del campesino chino, repuso:

—Si quieres, puedes quedarte hasta mañana. Una taza de té no ha de faltarte.

Como asentí, se levantó, agregando:

—¡Ven!—

Y me llevó a una pieza bastante grande. Yo, al ver que había dos camas pensé: "Si duerme aquí este viejo, va a ser difícil el asunto". Dejé a un lado el fusil y el morral y me salí al portal con el propósito de conversar con él y enterarme.

La chinita trajo el arroz y el té. Mientras comíamos, yo la seguía mirando con el rabo del ojo. Daba vueltas de un lado para el otro, sonriéndome a escondidas del viejo. Al fin prendió una lámpara y entró en una pieza vecina de la mía. Creí que iba a salir nuevamente. El viejo hablaba de las cosechas. Yo miraba hacia adentro. No salió más.

Cayó la noche. Alegué sueño. Me despedí.

—Si quieres agua —me dijo—, bébela ahora. Los perros no conocen de noche. Pueden morderte.

Me acompañó hasta el cuarto; dijo algo que no entendí muy bien, y se fué caminando, silencioso. Pensé,

lleno de júbilo: "No duerme aquí".

Mi pieza estaba apenas iluminada por una lucerna. En una de las camas había dos chinitos dormidos, uno al lado del otro. ¿Quién los habría traído? Me senté en la otra cama y esperé. Todavía se sentían ruidos y voces.

Luego la casa fué quedando en silencio, y ya sólo escuché el monótono canto de las ranas. De vez en cuando ladraba un perro.

Me asomé al corredor. Estaba oscuro y silencioso. Me acerqué al otro cuarto en puntillas, con bastante zozobra. Recordé que la puerta había chirriado un poco sobre sus goznes; la levanté un poco y la abrí lentamente. El corazón quería saltárseme del pecho. Sabía que si los chinos se daban cuenta, corría un serio peligro. Entré en la pieza y cerré nuevamente la puerta con la mayor cautela. Precaviendo un percance, había llevado conmigo escopeta y morral, no para usarlos, sino por no perderlos.

El cuarto estaba a oscuras. Inútilmente traté de acostumbrar mis ojos a las sombras. No lograba ver nada. Comencé a andar a tientas, palpando las paredes. De vez en cuando alargaba el oído. ¡Nada! ¿Dónde se habría metido? A lo mejor, dormiría en el suelo. "Debo andar con cuidado —pensé—; si la piso, lanza un grito, y me matan". Seguí dando la vuelta. No hallaba nada. Mi zozobra crecía. Ya el corazón golpeaba fuerte. ¿Dónde se habría metido? Fuerzas contradictorias luchaban en mi sér. Un miedo horrible me aconsejaba ir a mi cuarto y reposar tranquilo; pero el deseo me arrastraba a una aventura que, a lo mejor —¡vaya usted a saber!— podía cos-

tarme cara... Anduve a tientas por el centro del cuarto. ¡Nada! Me acerqué nuevamente a las paredes y las fui recorriendo con el oído atento... De repente noté una puertecita que antes no había notado. Apliqué a ella el oído. Me pareció escuchar el ruidito apagado de una respiración. Pegué más el oído. ¡Sí! Alguien dormía, allí cerca, al otro lado. ¡Era ella! ¡Tenía que ser! Mi corazón golpeaba cada vez con más fuerza. Me asaltó de repente la idea de que pudiera ser otra. Alguna vieja, quién sabe.... Quise volver atrás. ¡Oh, no! ¡Imposible! Escuché un rato aún, más que todo, para calmar mis nervios. Hasta que, ya resuelto, abrí cuidadosamente la puerta y entré de puntillas. ¡Oh, el corazón! ¡Se me quería saltar! Era tan fuerte la emoción que al llegar a la cama donde dormía la china, me senté a reposar. Dejé pasar un rato, hasta que, poco a poco, se fué calmando mi inquietud.

Ya dueño de mis fuerzas, me acosté suavemente al lado de ella. Se despertó. Quiso gritar.

—¡No! ¡No! ¡Soy yo!—le dije.

Y encendí una cerilla para que me viera bien.

Me miró con unos ojazos negros asustados.

—Van a matarlo —me dijo—. Si se dan cuenta, lo matan. ¡Váyase! ¡Váyase!

Al oír la terrible amenaza, el corazón volvió a golpearme en el pecho. Parecía un émbolo. Sin embargo, más que yo, más que el miedo, más que todo mi sér, estaba allí la fuerza imperiosa de mi deseo que me arrastraba a todas las locuras. Y sin prestar atención a sus protestas, ya bastante inseguras, me dí a besarla como un loco. Cedió al fin. La sentí apre-

tujada a mi cuerpo, como una cosa mía, sólo mía. Eramos ya un racimo de halagos. De pronto unos perros comenzaron a ladrar afuera. Se oyeron voces de hombres. ¿Qué pasaría?

—Se han dado cuenta —dijo— ¡Van a *matarte!*

Sufrió un choque brutal. Sentí en la nuca como una contracción. Me atacaron los nervios. Y todos mis placeres se detuvieron en seco como frenados violentamente. ¿Todo habría sido en vano? ¡Oh, no! Mi amor propio no podía permitirlo. Era preciso llegar hasta el fin. Y a pesar de que los perros seguían ladrando afuera, a pesar de que aquellos hombres seguían alborotando, mi hombría se impuso.

—¡Vete! ¡Vete! —me dijo—. ¡Si te encuentran, te matan!

Me eché al suelo, me acomodé el morral y la escopeta a la espalda, y andando en cuatro patas, llegué a la puerta. La abrí con precaución. No había nadie. Los perros continuaban latiendo. Llegué a mi cuarto. Entré. Los dos chinitos dormían tranquilamente. Dejé a un lado el morral y la escopeta. Me sumergí en la cama, vestido. Me palpitaba el alma. ¿Qué pasaría?

Entraron en el cuarto tres chinos. Me hice el dormido. Conversaban del juego. Comprendí que nada tenían que hacer conmigo. Hice que despertaba. Les pedí un cigarrillo. Me senté al borde de la cama a fumarlo. Conversaron conmigo un instante. Y se fueron al fin.

Me sentía mal. Tenía el susto metido en el cuerpo. Quise dormir. No pude. No me atrevía a salir en busca de agua. Recordaba a los perros. Pasé

una noche horrible. Y apenas se hizo claro, me fui de prisa.

.  
\* \* \*

Tres días habían pasado. Durante ellos, yo no me había sentido muy bien. Pero tampoco pensé que fuera cosa de importancia. Me daba cuenta, sin embargo, de que aquella aventura me había afectado gravemente los nervios. Por las noches, dormía sobreexcitado. El más ligero ruido me despertaba. El corazón volvía a latirme fuertemente en el pecho. De día, mientras estaba trabajando, sentía en la nuca algo así como la fuerte presión de una garra. A veces la cabeza me daba vueltas. Y tenía que apoyarme donde fuese por no caerme.

Como yo trabajaba en el cuarto oscuro, que era sumamente caliente, y además como el olor penetrante de los ácidos me producía bascas, salía de vez en cuando hasta el patio para aspirar el aire. En estas idas y venidas había perdido el tiempo, y la labor se me había retrasado bastante.

A la hora del almuerzo, le dije al holandés que era mejor que yo me quedase para darle una mano al trabajo.

—¿Y no almuerzas? —me dijo.

—No tengo hambre —le contesté.

El se fué. Yo no sentía, en efecto, ni pizca de hambre. Y, más, aún, me daba cuenta de que por más que lo hubiese intentado, las bascas que sentía eran tales que mi estómago habría devuelto cualquier cosa que yo hubiese ingerido.

Me acosté en el diván del salón con intención de



dormir. Pero, ¡qué! ¡Era imposible! Mi dolor de cabeza iba aumentando con prisa galopante. Me levanté nuevamente. Fui a la cocina. Bebí agua. Me empañé la cabeza. Di algunos pasos por el salón. Me asomé a la ventana. Respiré el aire fresco. ¡Nada! El dolor aumentaba. Me senté nuevamente en el diván. No resistía ya más. Y comencé a quejarme con la cabeza entre las manos.

A la hora acostumbrada, volvió el holandés. Lo sentí irse directamente al cuarto oscuro; pero al no hallarme allí, salió a buscarme.

—¿Qué te pasa? —me dijo, al encontrarme tendido, frotándose las sienes y la nuca con desesperación.

—¡Me duele! ¡Me duele mucho!

—A lo mejor es hambre —repuso—. Es malo estar con hambre. Hay que comer.

Y se fué a la cocina.

Preparó no sé qué y me lo trajo. Me bebí la poción. Tenía un sabor como de ajeno.

—Ahora te pasará —me dijo.

Y, en efecto, no sé si fué ilusión o realidad, lo cierto es que el dolor se me calmó por un instante.

Me fui de nuevo al cuarto oscuro, y ya estaba revelando una nueva película, cuando, de pronto, lacerante y pugnante como nunca, me volvió el malestar.

—¡Imposible! ¡No puedo! —le dije—. ¡Búscame un médico!

Y dejando el trabajo en la cubeta, me fui a acostar en el diván.

Me retorció. Me quejaba. Saltaba. Daba vueltas. Rechinaba los dientes. ¡Ay! ¡Ay! No resistía. Y

comencé a quejarme con unos alaridos desgarradores.

Oí que el holandés llamó al boy y le ordenó que fuese en busca de un médico en seguida. Una de las dos chinas que nos servían de criadas se puso a abanicarme.

El médico llegó después de un rato.

Pude observar aún varias maniobras que hizo, como auscultarme el pecho, medirme el pulso, etc. Después se me nubló la visión de las cosas y me hundí en una noche de muerte.

\* \* \*

Las dos chinas que, según supe, se pasaban el día y la noche al lado de mi cama abanicándome, me contaron la mayor parte de las cosas que pasaron después. Otras las he podido hilvanar atando cabos de lo que yo vislumbreé durante la mortal enfermedad.

Al parecer, estuve muchos días sin conocimiento. Quería hablar, quería decir algo, pero mi lengua se movía torpemente, y solamente lograba articular un glu-glu sordo y trágico. A cada instante deseaba alzarme; parece que me ponía furioso y se hacía necesaria la intervención de varias personas para tenderme nuevamente en el diván. Tenía siempre los dientes apretados, y el médico hacía grandes esfuerzos por separármelos con la cuchara a fin de hacerme ingerir las medicinas. Todo lo que me daban —sopas, pocimas— lo devolvía. De manera que, poco a poco, la gente fué perdiendo la esperanza de la más mínima curación...

Veía en mis sueños las cosas más extrañas; a veces era la graciosa chinita que, muy reída, me daba en la cabeza con el rastrillo, produciéndome el consiguien-

te dolor. A veces eran los dos chinitos que yo había visto dormidos, quienes se despertaban y se ponían a aullar. “¡Cállense! ¡Cállense!”, les gritaba. Era peor. Aullaban cada vez con más fuerza. En seguida salían de todas partes unos perros feroces que hacían coro de aullidos y me atacaban como a bestia salvaje. A veces me veía a mí mismo, desnudo, corriendo tras la china, también desnuda, a través de los dorados arrozales. “¡No! ¡No! ¡Vete de aquí! ¡Van a matarte!”, decía ella. Pero yo la tumbaba sobre el césped y me ponía a besarla, frenético. Entonces comenzaba a caer una lluvia infernal, con truenos, relámpagos y cataratas de agua. A nuestros pies corría un río enorme que empezaba a crecer, a crecer, y amenazaba arrastrarnos. La impetuosa corriente arrasaba con todo: árboles, animales, objetos. Ya nos llegaba el agua a las rodillas. De pronto yo me hallaba a horcajadas en la primera horqueta de un árbol. Sobre el río turbulento, de tronco a tronco, había un alambre tendido a manera de puente. La china dijo: “Tenemos que pasar al otro lado, para salvarnos”. Y comenzó a pasar por el alambre. Cuando estuvo en el centro, sobre el enfurecido torrente, empezó a hacer piruetas con su paraguas, como en los circos. Yo le gritaba: “¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Vas a caerte!”. Pero el ruido del agua y de la lluvia era tal, que mis gritos perdían todo valor. Ni yo mismo lograba oírlos. Me lancé a caminar sobre el alambre, para salvarla; ya estaba cerca de ella, cuando, de pronto, cayó un rayo. Se reventó el alambre. Y caímos los dos abrazados al borrasco torrente... Chapaleamos



un instante en sus ondas... Después nos sumergimos en una espesa y silenciosa tiniebla...

Me veía, de repente, corriendo, con el morral al hombro y el fusil en la mano. Me perseguían los chinos con enormes cuchillos. Y los perros aullaban furiosamente. Mi corazón golpeaba fuerte. Pensaba: "Va a salirse del pecho". Pero enseguida dejaba de sentir sus latidos y me invadía una especie de calma. Ya no oía los ladridos de los perros. Volvía el rostro. ¡Ni un alma! Me había dejado solo. Y llegaba azezante al "bungalow". Allí estaba, en cuclillas, el viejo chino, fumando su cachimba impasible. Desenvolvía un paquete y me mostraba una monstruosa masa sanguinolenta. Sentía en mi pecho un enorme vacío. "Este es —decía— tu corazón. Voy a picarlo en pedacitos para que se lo coma la china. De ese modo volverá a ser doncella..."

Perdía el conocimiento. Y seguía oyendo sólo el monótono ruido del machete...

\* \* \*

Una malaya muy graciosa, como de unos quince años, que vivía con su madre en el patio, me contaba más tarde que una noche me habían dado por muerto, y ya todos, cansados de las largas vigiliass, se habían ido a acostar. Yo había quedado solo, tendido en una mesa central. Tenía ya quince días de estar enfermo. El médico me había desahuciado días antes. Y todo estaba listo para el velorio. Mi cuerpo, tieso y seco, ni se movía, ni respiraba. Las chinas que, día y noche, me abanicaban para espantarme las moscas, se habían ido a acostar. Y la gente del patio comen-

taba mi muerte con terror, porque todos decían que mi contagio era cosa de brujería.

La pequeña malaya me contó que, esa noche, ella tenía mucho miedo, y le decía a la madre que el muerto podía levantarse, y que las brujas podían venir, y no sé qué otras cosas. Parece que yo volví a soñar: Una mujer me perseguía diciéndome: “¡Yo soy tu esposa y éstos son tus dos hijos!” Yo le insistía que no, que no era cierto, que yo nunca había estado casado; pero ella se empeñaba en tal forma, que tuve que aceptar. “Ven, sígueme —dijo ella—. Vamos a visitar a tu madre. Está muy grave”. Ya mi madre había muerto hacía tiempo, pero en ese momento no recordé el detalle. Seguí tras la mujer, pero no pude ver a los dos chinos. Cruzamos los extensos arrozales. Yo preguntaba a veces: “¿Dónde está? ¿Dónde está?” “Allí cerquita —decía ella— tras aquel cérrro”.

Seguimos caminando, caminando...

Yo empezaba a cansarme. Me faltaban las fuerzas. “¡No puedo más! ¡No puedo! —grité— ¡Sigue tú sola! Dile a mi madre que otro día yo iré a verla”. La china dijo entonces: “¡Yo sigo!” Pero en vez de seguir por ese mismo camino, prosiguió rumbo al río... Yo pensé: “¿Cómo? ¿Me dijo que iba a ver a mi madre, y ahora sigue otro rumbo?” Resolví, pues, seguirla para ver adónde iba. Continué mi camino hacia el río, sin darme cuenta de que ya ella había desaparecido. Sentado al pie de un árbol, en una loma, al lado del camino, había un chino muy viejo. Tenía en la mano un gran bastón de bambú,

“¿A dónde vas?” — me dijo. “Estoy paseando” — respondí—. “¿Y tú no sabes que allá te están buscando? ¡Corre! ¡Corre a tu casa; allá te esperan!” Yo estaba tan cansado, que no sentía deseos de caminar. Pero el chino me apoyó en los riñones la vara de bambú y me empujaba, diciendo: “¡Corre! ¡Corre!” Me empujó al fin tan fuerte, que perdí el equilibrio y caí al precipicio....

Fué entonces cuando caí de la mesa en que estaba acostado.

El holandés decía después que él oyó el ruido, y que estuvo preguntando desde arriba: “¿Quién es? ¿Quién está ahí?”, creyendo que, a lo mejor, alguien se había metido a robar. Pero que, luego, se acostó nuevamente a dormir.

Yo recuerdo que, desde el momento de la caída, comencé a vislumbrar ciertas cosas. Oía las voces de alguien que gritaba: “¿Quién es?” Pero no comprendía que se tratase de mí. Yo caminaba a gatas, con gran esfuerzo, hacia la puerta... y oía, confusas, las voces de la pequeña malaya, que conversaba con la madre en el patio. Hacía yo un gran esfuerzo por hablar, por gritar, pero todo lo que me salía de la boca era un glú-glú de ahogado, aterrador. Parece que golpeé fuertemente la puerta, y que la malayita y su madre, asustadas, salieron huyendo. Parece que también el holandés oyó la batahola que se armó por doquier, pero, como era hombre menos supersticioso, bajó precipitadamente las escaleras, abrió la puerta y me encontró tendido en el suelo. Yo había perdido nuevamente el conocimiento... Logré aferrar aún al-

gunas frases. Percibí, sobre todo, claramente, la voz de alguien que gritaba: "¡Está vivo! ¡No se ha muerto!" Y recuerdo que antes de hundirme nuevamente en las sombras del sub-consciente, aquella frase me produjo un alivio muy dulce y una simple sensación de bondad. Algo así como si hubiese querido besar a quien dijo esa frase...

La pequeña malaya me contaba después que el cocinero había propuesto llamar a un santo o brujo que habitaba al otro lado del río. Este estaba crecido y era difícil pasar, pero alguien se ofreció a hacer el viaje. Algún tiempo después —según contaba la malaya— apareció un chino enorme, flaco y de mal aspecto, de gestos misteriosos y de mirada echada siempre al suelo.

Dijo ella que el gran brujo se me quedó mirando. Levantó sus dos manos de largas uñas, hacia el cielo, y de repente las dejó caer fuertemente sobre mi vientre, lanzando un alarido terrible. Yo me senté de golpe, con los ojos salientes, y lancé un grito ronco. Después caí de nuevo en el letargo. El brujo comenzó a preparar sus exorcismos y bebedizos para alejar a los malos espíritus. Mandó que le buscasen un bambú, lo más largo que pudiera encontrarse. Dijo que iba a rezar, y pidió a todos, chinos y chinas, que lo siguiesen en el rezo. Fué haciendo ceremonias—gestos y cantos— por todas las esquinas de la pieza. La gente lo seguía con devoción y con cierto temor. La noche estaba clara, pero aún así el brujo quiso que llevasen antorchas, para alejar a los malos espíritus. Parece que, de pronto, llamó al cocinero y le dijo: "¡Búscame un gallo grande, de buena casta!"



Los que se habían marchado en busca del bambú llegaron todos sudorosos. El brujo entró en la pieza, me desnudó y formó con mis ropas un bultito, que ató al extremo del bambú; luego clavó la caña en el patio. De vez en cuando, a medida que el rezo avanzaba, se acercaba al bambú, lo sacudía y gritaba no sé qué. Los rezos continuaron hasta la medianoche. Yo no daba señales de vida...

El holandés contaba más tarde que, como él no creía en esas cosas, se había ido a acostar, con la seguridad de que mi entierro se efectuaría al día siguiente, temprano. Como el tenía dinero mío guardado, pensaba hacerme un buen entierro. Quién sabe... Lo cierto es que, al subir a su cuarto, dejó abajo mi cuerpo sin señales de vida.

Cuando el reloj tocó sus doce campanadas, el brujo hizo salir de la pieza a todo el mundo. Los muros, de bambú, dejaban ver, sin embargo, la ceremonia tras sus rendijas. La malaya contaba que el brujo se montó a horcajadas sobre mi cuerpo. Luego encendió un papel especial que había traído y comenzó a pasarlo sobre mi rostro, haciendo signos cabalísticos. Murmuraba conjuros en una lengua rara que ninguno entendía. Luego se levantó sin más preámbulos y aferró por las patas, al gallo enorme. En la otra mano empuñaba un afilado machete. Colocó la cabeza del gallo en un madero y se la desprendió de un solo tajo. Con el cuerpo decapitado, el chino daba golpes por todas partes, salpicándolo todo de sangre; mientras, blandía el machete en la otra mano, lanzando unos aullidos infernales. Se acercó nuevamente a mi cama, me dió unos cuantos golpes con el

gallo, y terminó el ritual dentro del cuarto dándome un gran planazo en el estómago. Parece que lancé un grito horrible. Y que también la gente que estaba en el patio comentó aquello, diciendo que era buena señal. El brujo salió al patio, golpeó con el cadáver del gallo en el bambú y lo dejó allí colgado. Después siguió sus rezos y sus gritos, dando golpes sonoros sobre un "gong". La ceremonia siguió toda la noche. Todavía yo no daba señales de vida. Por lo menos, había quedado inmóvil nuevamente, sin manifestaciones de mejoría. Sin embargo los chinos tienen fé inquebrantable en estas cosas, de manera que algunos esperaban que de un momento a otro debería realizarse el milagro.

En efecto, cuando ya el día clareaba, comencé a dar señales de vida. Moví un poco los brazos, abrí los ojos y empecé a exalar de nuevo el angustioso gluglu. El brujo se montó por segunda vez sobre mi cuerpo escuálido y comenzó a hacer signos en mi frente. Yo abría de vez en cuando los ojos, y veía sobre mi rostro el suyo flaco, de mirada acerada y de barba ganchuda. Después volví a perder la sensación de las cosas. Parece que dormí ya bastante tranquilo, y que, al despertar más tarde, sentí un hambre devoradora. Manifesté con gestos mi deseo de comer. Y oí la voz del brujo, que decía: "Prepárenle una sopa de arroz".

Comencé a percibir ya claramente las cosas que me rodeaban. A mi lado, la pequeña malaya me abanicaba. Le pedí un cigarrillo. Se levantó de puntillas y fué a hablar con el brujo. Recuerdo que pensé: "Si no permiten que fume voy a morirme de nue-

vo". Ella volvió con cigarrillo y fósforos. Lo encendió. Me lo puso en la boca. Mis manos no lograban cogerlo, y ella tuvo que hacer las veces mías. Recuerdo que sentí desagradable el sabor del humo; pero era placentero fumar, sentirme vivo y hacer todas las cosas que hacía antes.

El cocinero se acercó con la sopa de arroz. Me la dieron a sorbos. Y aún después de beberla sentí hambre...

El holandés bajó con la intención de prepararlo todo para el entierro, y se quedó perplejo cuando me vió con vida.

—Tienes vida de gato —me dijo—. ¡Has andado del brazo de la muerte!

Lo cierto es que las cosas que soñé (si no todas, algunas) se realizaron después: la muerte de una anciana y otros hechos.

Después de unos instantes me dieron otra vez sopa de arroz, y repitieron la dosis a intervalos, porque mi hambre era antigua...

\* \* \*

El brujo se quedó allí varios días, para cuidarme de los malos espíritus. Sin embargo, las labores de la fotografía se reanudaron pronto, y cada cual se ocupó en su faena.

De vez en cuando aparecía la malaya con el arroz, y conversaba un poco conmigo mientras yo lo ingería.

Algún tiempo después el brujo me ayudó a caminar hasta la puerta, y me senté en el quicio a ver la vida. No recordaba nada de lo anterior. Sentía una sensación de vacío en todo el cuerpo. Y era como un niño que aprende grado a grado el profundo sen-

tido de las cosas.

Quise dar un paseo. Quise alejarme un poco; sentarme bajo un árbol, a la orilla del río.

El brujo me buscó una buena estaca para apoyarme, e hizo que la malaya me acompañase.

Seco, encorvado y vacilante, apoyado en la estaca y en la niña, fui andando, paso a paso, hasta la orilla del río. No había cuarenta metros de distancia, y, sin embargo, llegué hasta allí rendido. Me senté bajo el árbol... ¡Con qué placer inmenso aspiraba el perfume de los campos y miraba la corriente del río!

La pequeña malaya comenzó a relatarme a su manera los sucesos pasados: la fiebre, mis delirios, las piruetas del brujo y sus temores.

\* \* \*

Con el buen alimento y el reposo me volvieron las fuerzas.

Salía todos los días con la malaya hasta la orilla del río. Conversaba con ella como si fuese un niño. Las cosas que ella hacía, por sencillas que fuesen, me asombraban o me llenaban de susto.

Hasta que, poco a poco, según iba volviéndome el aliento, fui dejando de verla como un niño a una niña. Le agarraba el bracito, la acariciaba... Ella dejaba hacer, y me miraba sonriendo... No podía haber idilio más tierno para el renacimiento de mi espíritu. Era como una nueva adolescencia. Más grata. Más pura. Más delgada.

Nada más delicioso ni más suave...

Hasta que ya una tarde no pude resistir.

Era un crepúsculo canicular.

Sentí en mi entraña un choque. Un rugido brutal. Mi carne despertaba enfurecida. Volvía la vieja bestia sexual. La niñita estaba allí, apetecible. Me sentí nuevamente todo un hombre. Iba ya a devorarla... pero...

¡Qué horror! ¡Era doncella!

¿Y si volvía el hechizo fatal?

Me eché a correr como un loco.

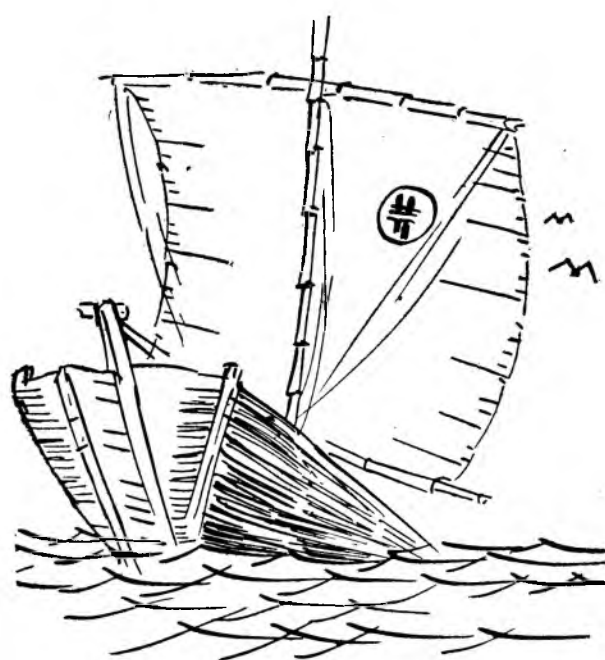
Saltando, dando tumbos, llegué, acezante, al patio. El brujo estaba solo, fumando. Me miró sonreído.

—Ya no vuelve —me dijo—; estás bien sano. ¡Regresa! ¡Ella te espera!

Me invadió una inefable satisfacción. ¡No moriría! ¡Estaba en salvo!

Y me volví de nuevo hacia el crepúsculo donde ya comenzaban a brillar las estrellas...







## SIN NOVEDAD EN SHANGHAI

Llegarían en la madrugada a Shanghai. Posiblemente, más tarde, en la vida ya no se encontrarían jamás entre sí los compañeros de viaje. El vapor terminaba su ruta en ese puerto; se quedaría cargando algunos días; y volvería a Venecia, para hacer nuevamente el recorrido con otros pasajeros. Siempre la misma ruta; del Occidente al Oriente y viceversa. Nuevas caras y nueva incertidumbre; nuevos estados de alma; nuevos besos y nuevas despedidas sensibles. El devenir continuo sobre la mar inmensa e inquietante.

A pesar de la música, a pesar del bullicio de la

sala, y a pesar de la enorme granizada de serpentinas y confetti que le daban al baile un buen aspecto de carnaval nizardo, se notaba en los rostros, en los gestos y en las mil contorsiones de los cuerpos, una nerviosidad indecible, un gran deseo de alegrarse, de divertirse a todo trance para olvidar lo inevitable.

Los camareros corrían de un lado a otro con los *highballs* y el champán; los músicos hacían malabarrismos con sus escalas estridentes, y los *evening dresses* iban perdiendo sus líneas, debido al histerismo de las danzas. Nadie quería quedarse sin bailar; nadie quería perder la última gota de la alegría, la hora final del viaje y del amor.

Los que no habían logrado en todo el viaje enhebrar su aventura, aprovechaban ese instante propicio para expresar la angustia de sus silencios. Y, el mismo Capitán, viejo lobo de mar, perdía de vez en cuando su austera compostura, lanzando resoplidos alcohólicos y moviendo su cuerpo con cadencias de cocodrilo antiguo.

—Come, va, signor Cónsole, —exclamó— ¿Se divierte?

—¡Siéntese, Capitán! ¿Bebe una copa?

—¡Naturalmente, mío caro!

Se la bebió de un sorbo.

—¿Sabe usted que éste es uno de mis mejores viajes? Pocas veces se encuentran pasajeros alegres. Hoy hay que divertirse, mío caro. Mañana si arriva molto presto.

La rumba había cesado. Las parejas volvían a sus asientos. Y la batalla de confetti recomenzaba



cruenta, salpicada de risas y de cantos.

El Cónsul Vélez presentó al Capitán.

—Margaritte Freizzer y su hermano Camilo, de Viena; Peter Johansson, novelista, de Suecia; los esposos Ling Feng, de Pekín; el Oficial Mohameed, de Irak; y las hermanas Lerner, de Praga.

—Ya las he visto a todas en la piscina muy elegantes siempre. Yo la creía italiana, signorina Freizzer. Me parecía oírla hablar nuestra lengua.

—Siempre hago mis veranos en Venecia, Viareggio u otras partes. ¡Me gusta mucho Italia! —repuso Margui, en perfecto italiano.

—Los esposos Ling Feng hablan también italiano, —dijo el Cónsul.

—¡Magnífico! ¿Han estado en Italia?

—No mucho, repuso ella.—Mi esposo, sí.

—Dos años —dijo Ling, ceremonioso.— Hice un curso especial de medicina en Milán. Mi esposa fue a buscarme, y hemos girado juntos por la Europa Central.

<sup>1</sup> Movi6 su silla, para dejarle el paso libre a Miss Graves, que pasaba sonriente. Margui mir6 al hermano con picardía. Le dijo algo en tudesco. Camilo se atrevió; pidió permiso, y se fue tras la inglesa.

—Anda siempre de una aventura en otra —dijo Margui—. En cada clase tiene una. ¡Es incansable!

Las dos hermanas Lerner se divertían lanzando serpentinas. La batalla se hacía violentamente contra la mesa de enfrente.

Los confetti llovían de todas partes, y las bolitas de algodón eran el proyectil más certero.

—Nos faltan municiones — dijo Ling.  
Margui se echaba atrás la cabellera dorada y reía como loca.

—¡Capitán! ¡Capitán, que traigan las reservas!

—¡Una tregua, señores! ¡Ha llegado el champán!

El japonés Jonekura los miraba, impasible, desde su mesa. No le quitaba el ojo a la chinita. Le hacía una corte inútil desde Manila, sin darse por vencido. El Musulmán Mohameed y Valeria Lerner aprovecharon la tregua para salirse al puente. Camilo Freizzer conversaba encantado con Miss Graves. Había logrado al fin ir a su mesa, y ya de allí sería difícil sacarlo.

Sirvieron el champán.

—¡Bebamos —dijo el Cónsul— por la tregua feliz, por la noche final y por usted, Capitán!

—¡Salud, mi Capitán! —agregó Margui.

Y la pequeña Edith Lerner dejó caer en su copa los versos de Walt Whitman:

—Oh, Capitán, mi Capitán, ya nuestro largo viaje su término alcanzó....

Bebieron. Se acercó un camarero.

—¡Capitán, no hay pertrechos!

—¡Que traigan las reservas!

La orquesta echó a volar su algarabía. Recomendaron los gritos, las cabriolas, los cantos.

—¡Bailen! ¡Bailen, muchachos! — gritaba el Capitán.— ¡Son las tres! ¡Ya ésta es la última pieza! ¡No se olviden que se llega a las seis! ¡Hay que dormir un poco!

—Hoy no se duerme, Capitán —dijo el Cónsul.—

Queremos ver la entrada en el río. ¡Debe ser majestuosa!

El japonés Yonekura se acercó a la chinita. Había estado bebiendo toda la noche. De seguro el champán le hizo olvidar el odio de ambos pueblos y las bombas niponas sobre las tierras chinas.

—Perdone...

La chinita lo miró desdeñosa. El doctor Ling se levantó; le hizo una reverencia a la esposa y ambos salieron a bailar.

Yonekura se acomodó los enormes lentes de carey; dejó escapar una leve sonrisa, y se fue.

El Capitán salió a bailar con Margui. El sueco Johansson hablaba en otra mesa con los esposos Freizzer, padres de Margueritte. Posiblemente se estaría despidiendo. Desde Venecia había iniciado sus amíos con la graciosa austriaca y él pensaba las cosas a lo serio.

El Cónsul Vélez brindó con Edith Lerner.

—¡Por nosotros!

—¡Por ti!

—¿Vamos al puente?

—¡Encantada!

Salieron.

Sobre cubierta conversaban todavía unas señoras.

Una delgada Lady se despedía de un Oficial italiano.

—I'll see you later, my darling!

Y una ingenua brunette de Saigón comentaba algún caso de Yonekura.

—¡Non, maman, il est parti furieux; nous l'avons

appelé Tenorio, et il a pris cela pour une injure; il nous a dit que nous étions des enfants!

La penumbra del puente era propicia al amor. Soplaban un aire fresco, casi de lluvia. La luna se asomaba de vez en cuando, pero volvía a esconderse.

Bajo la sombra de todos los rincones había cambiado de besos y juego de caricias. Jorge Vélez pensó una frase para su libro de viaje: "Y la mar, presurosa, tejía el encaje de sus olas con las últimas hebras de la luna..." No le gustó. Mejor era olvidarla.

La pequeña Edith Lerner era como un ovillo de dulcedumbres.

El Cónsul la asediaba con sus caricias.

Vibraba. Sollozaba.

—¡No, Jorge! ¡No, por Dios!

Y se doblaba toda hecha un racimo de contorsiones.

—¡Edith! ¡Edith!

La llamaba su hermana desde cubierta.

—¡Volvamos! ¡Ya me llaman!

—Te espero en mi cabina...

—¡No puedo!

—Mañana... Allá en Shanghai... Park Hotel..

No lo olvides...

—¡No lo olvido! ¡A las dos!

—¡Edith! ¡Edith!

Se fue sola al encuentro de la hermana. El Cónsul Vélez las oyó discutir. Conversaban en chaco. ¿Qué dirían? Las voces de Valeria eran inquietas;

las de Judith, apagadas. Poco a poco se fueron alejando.

Jorge Vélez estaba como en ascuas. Se quedó allí sentado para calmar su espíritu y sus nervios.

La brisa, cada vez más helada, le refrescaba el rostro. ¿Cazaría pronto la lluvia? Hubiera preferido que la fiesta siguiese hasta las seis. No le agradaba la idea de levantarse temprano. ¡Qué diablos! Era mejor pensar.

Jorge Vélez había subido al barco en Colombo. Los demás pasajeros venían desde Venecia; ya habían formado grupos; conversaban; bailaban; jugaban al pim pom o al deck-tennis. Sus únicos amigos, desde el principio, habían sido sus compañeros de mesa, los esposos Ling Feng. Eran gente muy joven y alegre. Conversaban entre sí en mandarín, idioma culto de la China. Hablaban de arte y de política con soltura humanística, sobre todo él, que de vez en cuando sacaba a relucir las venerables sentencias de su gente.

Ella, en cambio, parecía una chiquilla. Andaba siempre con pantalones cortos y camisita de tenis; saltaba como un gamo, y era el deleite de todos los viajeros. No había partida donde no figurara, y estaba siempre alegre.

—¿Ve usted a mi mujer? —decía Ling Feng.— No hace más que saltar y jugar al pim-pom. Parece una chiquilla. No piensa en nada triste. Sin embargo, aunque usted no lo crea, tenemos ya dos niñas. Allá están esperándonos en Pekín. Pero, ¿sabe? es la edad... En general, las mujeres no piensan nunca.

Nosotros, en la China, las presentamos siempre diciendo: Nuestra estúpida esposa.

La primera pasión de Jorge Vélez, a bordo, fue “la estúpida esposa”. Trató de conquistarla muy delicadamente ;sin embargo, sus dos o tres cumplidos se perdieron bajo los golpes del pim-pom. La graciosa chinita llevaba entre sus venas toda la antigua savia de varias dinastías.

Más tarde, Jorge Vélez conoció, en la piscina, a Margui Freizzer, una rubia de Viena, que hablaba tres idiomas y sabía transformarse por instantes.

Las parientes de Margui, millonarios, habían sido expulsados de Viena por el solo delito de ser judíos. Por el mismo delito había en el barco novecientas personas: checas, austriacas, alemanas, etc.

Margui Freizzer venía ya enamorada de Peter Johansson desde Venecia. No obstante, Margueritte fue otra pasión secreta de Jorge Vélez y su gran compañera de charlas. Peter Johansson tenía dos obras publicadas; era un gran comunista; razonaba con tino, y se animaba hablando de política. A menudo dejaba a Margui con el Cónsul y se iba a hablar con Mohameed sobre la situación europea. Iba a Shanghai en misión periodística, y pensaba escribirse un libro sobre la guerra chino-nipona.

El hermano de Margui, Camilo, se presentó una tarde con las hermanas Lerner, judías checas, que iban también en la ola de judíos hacia el Asia. Camilo era el cometa del grupo. Se presentaba raras veces. Y no hacía más que andar de Clase en Clase tras la última aventura. Valeria Lerner le creyó algunas ho-

ras; pero al notar después, sus trapisondas, prefirió las caricias de Mohameed.

El grupo andaba siempre de un lado a otro buscando diversiones. Se bebía, se bailaba, se cantaba; se hacían partidas fuertes de deck-tennis; o se hundía todo el mundo en la piscina para emprender la lucha a manotazos.

En Manila subieron más viajeros. Eran — la mayoría — estudiantes que iban para el Japón. Desde Shanghi saldrían en otro barco hasta Yokahoma. Eran todos muy jóvenes, casi niños. Hablaban casi todos en *tagalo*, el pintoresco dialecto de Mindanao, y formaban a veces, entre ellos una infernal algarabía.

Venía en el grupo un japonés, Yonekura, nacido en Filipinas. Era el mayor de todos. Andaba siempre solo con sus libros y sus enormes lentes. Era un tipo fantasma. Se le veía a altas horas de la noche paseando por el puente. Nunca hablaba con nadie. Uno de los muchachos filipinos le contó a Jorge Vélez la verdadera historia de Yonekura.

El padre era un riquísimo comerciante japonés establecido desde hacía años en Mindanao. Tenía ya varias casas de comercio y controlaba además gran parte del azúcar filipino. Quería que el hijo fuese un buen doctor, y ya sólo esperaba que terminase sus estudios en Manila para enviarlo a Tokio. Pero hubo un incidente que transformó sus planes. Yonekura sufrió un día un cruel ataque de locura, y se lanzó furioso contra una jovencita tagala que lo había despreciado. Fue necesario someterlo entre varios, de lo contrario la habría estrangulado. Tuvieron que lle-

varlo a un sanatorio, de donde había salido, ya mejor, para embarcarse hacia Tokio. Desde esa vez andaba siempre solitario.

Cuando se supo la noticia en el grupo, Margui Freizzer trazó un nuevo programa de acción.

—Es necesario, —dijo— o mejor dicho, exijo que me acompañen siempre dos escuderos. ¡Yo escojo a Peter Johansson y al Cónsul!

Edith Lerner, que ya estaba en amores con Jorge, protestó, desde luego:

—No acepto. No, señor: Si él va contigo, ¿quién será mi escudero? ¡Jorge viene conmigo!

—Pues, entonces, Mohameed.

Valeria era algo tímida. Casi no hablaba nunca. No sabía qué decir. Miró a Abdul con sus ojos verdes repletos de angustia, como diciéndole: ¡Defiéndeme!

Abdul quedó confuso. Jorge Vélez salvó la situación.

—Yo propongo que andemos siempre juntos: ¡Se prohíben las deserciones!

Y el grupo se hizo cada vez más compacto.

A pesar de todo esto, Yonekura parecía inofensivo. Se le veía siempre sentado ya en una parte u otra con un libraco enorme ante sus lentes, y, a lo sumo, se acercaba de vez en cuando a la piscina. Mientras no le llegara la mala idea de enamorarse, las cosas andarían como sobre ruedas...

De repente cayó en medio del grupo una noticia relámpago. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? La noticia la recogió Edith Lerner. ¿Qué pasaría? ¡La



bomba!

—¡El loco Yonekura se ha enamorado!

Valeria Lerner dió un grito. Margueritte quedó como atontada. Se le fue de la mano la pelotita del pim-pom; y no sabía qué hacer.

—¡De mí, no! ¡De mí no! ¡Ni esperanza!

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Razonemos!

Edith Lerner no sabía bien la cosa. Se indagaron noticias. Se supo al fin lo cierto. Yonekura perseguía con los ojos a la chinita Ling Feng.

—Qué idiotez —dijo Jorge— ¿Por esa nimiedad tiemblan ustedes? Déjenlo que la mire. Poco a poco se cansará solito.

Comprendieron después que había motivos para alarmarse. El japonés Yonekura perseguía a la chinita con una persistencia de maniático. No, dejaba de verla un solo instante. La seguía a todas partes. El doctor Ling, ya molesto, se quejó al Capitán. Este buen hombre no creyó la cuestión; de todos modos le llamó la atención a Yonekura. El extraño nipón manifestó la más grande extrañeza. Repuso que él miraba a todo el mundo sencillamente. Le gustaba mirar las cosas bellas. ¿Se les prohibía a los viajeros mirar a las señoras? Jamás pretendería ser un problema a bordo... Sería capaz de sacarse los ojos por haber ofendido a la señora Ling Feng.

¡No, señor! ¡Ni pensarlo! El Capitán no quería que Yonekura se sacara los ojos. ¡Qué atrocidad! Le pedía solamente que no mirara a una señora casada con marcada insistencia. Podía mirar a las demás. Había tantas solteras. Ellas no se ofendían. Al

contrario. A las chicas les gusta que las miren.

A Peter Johansson le interesaba el caso. Quería escribir el libro de esa extraña locura: pero no consiguió más que protestas de Valeria, de Edith y Margueritte. Le pareció, además, que la locura de Yonekura no era un asunto digno de sus libros: prefería hacer, más tarde, la novela de los judíos en viaje hacia el Oriente lejano.

Esa masa judía desesperada sí le llamaba enormemente la atención. Se contaba que ya el mismo vapor había llevado más de diez mil hasta Shanghai, y aún seguiría llevando. Les arrancaban todo lo que tenían y los enviaban al mundo con diez marcos. ¡Diez marcos solamente! ¿Qué se puede comprar con diez marcos? Los había de diversas clases y profesiones: pedagogos, doctores, artistas, cocineras, modistas, etc.

Se les había acomodado en el vapor, sin distinción de clases, a la buena de Dios. Los primeros llegados se adueñaron de las mejores cabinas. Resultaba con ésto, que en Primera había sastres y barateros, mientras que, en la Tercera dormían señoras distinguidas de Viena. Por eso el Capitán había resuelto hacer el baile final con las tres clases reunidas.

Muchos que hacían su viaje en Primera, se presentaron al salón con vestidos ridículos; en cambio, había personas de tercera, como Margui, divinamente trajeadas. La cosa resultaba algo bufa, y divertida en el fondo. Pero lo cierto del caso era que el baile había salido a pedir de boca, con excepción de ese pequeño descuido de Yonekura. Sabiendo que la chinita Ling Feng no lo podía sufrir, había sido real-

mente una gran falta de tacto invitarla a bailar.

Jorge Vélez sintió de pronto un movimiento inusitado. ¿Qué pasaría? Los que subían al puente, miraban hacia el cielo y comentaban sobreexcitados. Cuando quiso indagar, vió que llegaban las hermanitas Lerner. Edith se le acercó.

—¿Qué ha sucedido?

—Dicen que se prepara un raid aéreo.

—¿Un raid aéreo? ¡No puede ser!

Los demás pasajeros se acercaban al Cónsul. Querían saber. Se les notaba inquietos... No habían tenido tiempo de vestirse, y habían varios cubiertos con sus batas de baño, otros con sobretodos de invierno. Miss Graves explicaba: Ya estaba dormitándose, cuando oyó el gran escándalo: gritos, golpes, carreras. Poco después, Miss Leighton le había anunciado lo del raid.

Subían más pasajeros al puente. Las señoras estaban definitivamente nerviosas.

Cada recién llegado traía nuevas noticias.

Una judía de Praga, decía:

—Es un raid japonés sobre Shanghai.

—Ya estamos cerca. ¡Nos matarán a todos!

Y un semita de Munich afirmaba que era un ataque directo contra el barco.

Margueritte llegó con Peter Johansson. Mohammed presentóse con un pijama a rayas definitivamente grotesco. Los esposos Ling Feng, venían provistos de salvavidas. Valeria Lerner estaba nerviosísima.

—¡Que vaya alguien a averiguar!—decía.

Pero nadie hacía caso. Y las señoras miraban con terror hacia el cielo.

Un filipino le susurraba a Jorge con misterio:

—Parece ser que Yonekura es espía. ¡Está furioso con los esposos Ling Feng!

Un misionero belga, explicaba:

—Hace ya tiempo que estamos navegando río adentro. Llegaremos temprano. Quiera Dios que esta alarma sea infundada.

Jorge Vélez le preguntaba a Margui:

—¿Y el baile ha terminado?

—¿En qué piensa? —dijo ella—. ¡Hace ya tiempo que estábamos durmiendo!

Comenzaba a soplar un viento helado.

—Va a llover —dijo el belga. Aquí las lluvias no avisan.

De pronto Margui Freizzer comenzó a señalar el horizonte con grandes aspavientos.

—¡Mira allá! ¡Mira allá!

—¿Qué sucede? ¡Un avión?

Todos corrieron hacia ella.

—¡No qué avión! ¡La mañana! ¡Que ya está amaneciendo! ¡Miren allá!

Hubo un "Oh!" de despecho. A pesar de la angustia, preferían ver ligero los aviones y oír las bombas. Lo necesario era, después de todo, desprenderse del incubo; saber, al fin de cuentas, a qué atenerse.

Sonó en ese momento la bocina del barco. Se apagaron las luces. Y se formó un correr precipitado con gritos y lamentos.

—¡Ay, mi madre!

—¡Señor! ¡Señor, ampáranos!  
La campana del barco dió unos toques.  
—¡Hay que buscar los salvavidas!  
—¡No! ¡No! ¡Mejor un bote!  
—¡Calma! ¡Calma, señores! ¿Qué es lo que pasa?—dijo la voz de un Oficial desde el puente—. ¿Se están volviendo locos?  
—¿Por qué se han apagado las luces?—gritó una Lady.  
—Porque ya no hacían falta —repuso el Oficial muy sonreído—. No ven que está clareando?  
—Se está burlando de nosotros —dijo Margui—. ¡No le hagan caso!  
Se dejó oír la estertoria voz del altorparlante:  
—¡Se suplica a los señores pasajeros que se reúnan en sus respectivos comedores! ¡No hay novedad alguna! ¡Tengan calma!  
Comenzaron a desfilar.  
Valeria Lerner fue a buscar a la madre. Edith las esperaba muy pegadita a Jorge. Margui Freizzer bajó con Peter Johansson. Mohameed fue a vestirse.  
—Parece que esta lluvia no va a caer —dijo el belga.  
Los demás pasajeros se fueron dispersando poco a poco. Se apagaron los comentarios. Y el puente fue quedando desierto.  
Cuando Valeria Lerner logró llegar al comedor, ya estaban casi todos reunidos. Margui, Edith y los hombres se habían posesionado de una mesa. Camilo Freizzer llegó en ese momento con noticias menos aterradoras.

—¿Pero tú dónde estabas?—le dijo Margui.

—¿Te interesa?—le respondió Camilo, impertinente.

Siempre andaba peleando con la hermana. Se hacían entre ambos las bromas más pesadas.

Jorge Vélez conocía ya detalles de la aventura. Camilo había perdido su tiempo con Miss Graves, pero había conquistado al fin del baile algo más sustancioso.

—No saben lo mejor —dijo Camilo.— Parece que los tragos le hicieron mal efecto a Yonekura. Se volvió como loco. Formó un escándalo. Y al fin de cuentas tuvieron que llevarlo al camarote de viva fuerza.

El comedor estaba lleno de gente. Todos hablaban a la par, unos en alemán; en francés, otros; varios, en italiano; muchos, en inglés; pocos, en hindostán; otros, en chino, en japonés... Y aquello era la torre de Babel rumbo a Shanghai.

—¡Ya viene el Comisario!—gritó alguien.

Y el grito degolló el alboroto. Se hizo un silencio lleno de incertidumbres. Esperaban oír del Comisario las cosas más terribles; por lo menos, una sentencia de muerte inminente.

—Se ruega a los viajeros que estén listos para desembarcar. Hagan sacar el equipaje a la parte de afuera de la cabina. No hará falta revisar pasaportes. Atracaremos a las ocho en Shanghai. Los pasajeros bajarán enseguida. Se advierte que las autoridades japonesas no permiten demoras innecesarias. El equipaje de bodega lo encontrarán en tierra. Deben

tener a mano sus documentos médicos. Se exige la vacuna contra el cáncer, viruela, bubónica, fiebre amarilla, etc. Sin estos requisitos no se podrá bajar en Shanghai. Y se suplica que no sigan creyendo en raids aéreos. El incidente de anoche puede traer fatales consecuencias, si los viajeros no logran olvidarlo.... Pueden tomar sus desayunos en paz.

Apenas terminó el Comisario, recomenzó el alboroto.

—Lo dicen por calmarnos —decía Valeria.

Una Lady anticuada preguntaba:

—¿De qué incidente ha hablado?

Jorge Vélez pensaba en la bubónica. Había tenido miedo de vacunarse; tampoco había dejado que le inyectaran los sueros requeridos. A lo mejor no lo dejaban desembarcar.

Algunos pasajeros resolvieron tomar sus desayunos enseguida. Otros fueron saliendo a preparar su equipaje. Mohameed llegó al fin, ya vestido, y con su pipa en la boca.

—Vamos afuera —dijo.— Ya salió el sol. ¡Se ven cosas soberbias!

—Hay que desayunarse —repuso Margui.—¡Tengo un hambre de lobo!

—Son ya las siete —dijo el Cónsul.— No hay tiempo.

Valeria proponía ir al camarote. Debía arreglar sus cosas. Solo Abdul Mohameed tenía ya listo su equipaje.

—¡Nos veremos en el puente de proa!

Y el grupo se perdió en los corredores.

Jorge Vélez tenía pocos asuntos que acomodar. Cuando llegó a su camarote, ya el camarero sacaba las maletas.

—¡Un momento! ¡Un momento! —le dijo—. Faltan algunas cosas.

—Va bene, signorino. Ritornaré fra poco.

Se acabó de vestir. Acomodó sus cosas. Cerró todo con llave. Y salió.

El asunto de las vacunas lo preocupaba. ¿No sería preferible ver al médico? Le tenía un miedo horrible a las agujas. No podía soportar las inyecciones. Definitivamente no se atrevía. Ya vería la manera de defenderse. ¡Al diablo las vacunas!

En la proa estaban todos reunidos. La gran nave iba llegando a Shanghai. Hacía fresco. Las muchachas llevaban sus abrigos de calle. Ya estaban arregladas para enfrentarse con la ciudad macabra. ¿Qué cosas misteriosas, qué vida incierta las esperaba en Shanghai? Sabían por comentarios, que la única esperanza era ofrecerse para los dancing-halls.

Mohameed les decía:

—¡No hay cabaret en Shanghai que no esté ya repleto de judías!

Jorge Vélez pensaba en Edith Lerner.

Mohameed en Valeria.

Peter Johansson, en Margui.

¿Qué les esperaba? Irremediablemente sus destinos tendrían que dividirse. Terminado ya el viaje, cada cual se veía frente a las cosas sin poder evitarlas. La divina poesía de todo el viaje se diluía en Shanghai.

El chinito Ling Feng se acercó al grupo. Estaba entusiasmado. Decía:



—¿Ven ustedes aquellos techos rojos? Es la Universidad de Shanghai. Allí hice mis estudios de medicina... ¿Ya han visto que bonito es el puerto? Ya verán la ciudad... ¡Es soberbia! ¡Nosotros nos iremos esta tarde a Pekín.

Dirigiéndose a Jorge, le dijo:

—Cuide usted a mi esposa... —y agregó sonriendo— a mi estúpida esposa. Yo voy al camarote... ¡Vuelvo enseguida!

Jorge Vélez se acercó a la chinita. Estaba ya arreglada con un vestido chino de mangas largas y cuello alto. Se había subido sobre una de las barras de la baranda y miraba extasiada las casas de Shanghai.

El barco detenía ya su marcha. Muy pronto atracaría. Los pasajeros iban de un lado a otro, lanzando exclamaciones de júbilo. Las cosas que veían eran tan raras. Les parecía un mundo nuevo.

Los *sampans*, de velas cuadradas y de enormes timones, navegaban muy cerca del trasatlántico. A menudo pasaban las moto-naves japonesas con sus soldados hieráticos y el pabellón del sol rojo en la popa.

La chinita Ling Feng estaba alegre.

—Hoy veré a mis hijitas —decía—. Hace seis meses que salí de la China. Deben estar muy grandes. ¡Si usted las conociera! ¡Son un primor!

Jorge Vélez compartía su entusiasmo.

—Es usted la mujer más feliz del pasaje —le dijo.

—¡Créame que sí! Lamento, sin embargo, que otros no sientan mi entusiasmo.

—¿Cómo lo han de sentir? Usted llega a su ca-

sa, a su auténtica vida... Los demás... Estos pobres judíos, por ejemplo...

—Sí, lo lamento por esta pobre gente... Les espera una vida de angustias y miserias. Sin embargo, Shanghai es para ellos la ciudad acogedora... Nadie los quiere en otras partes... Nosotros, sí. Si no fuera por esos japoneses... Ve usted aquellas casas derruidas. Si viera otras ciudades del interior... ¡Todo lo han destruido! Las bombas japonesas saben dejar terribles recuerdos...

Pasaba, en ese instante, a pocos metros del barco, una lancha-motor del pabellón rojo y blanco. Tres soldados nipones iban sentados en la popa con sus fusiles terciados. La chinita Ling Feng sintió el orgullo de su raza. El enorme odio le transformó el semblante.

—¡Allí van! ¡Mire usted! ¡Los salvajes!

Y, mostrándoles el puño amenazante, gritó:

—¡Tiren! ¡Tiren! ¡Cobardes! ¡Tiren! ¡Tiren!

Jorge Vélez la contemplaba inquieto. La chinita ya no gritaba, aullaba con los ojos salientes y la voz rauca.

—¡Tiren! ¡Tiren!

Retumbó una espantosa detonación.

La chinita lanzó un gran alarido: se llevó las dos manos al rostro, y desplomóse sin vida entre los brazos del Cónsul.

Jorge Vélez quedó como atontado. Pensó en el raid aéreo, las bombas, las vacunas, y apenas tuvo tiempo de reclinar el cuerpo sobre el puente. La chinita tenía la sien izquierda empapada en sangre; su diminuto cuerpo estaba inerte.

Alguien gritaba:

—¡Pronto! ¡Un médico! ¡Llaman al médico de a bordo!

—¡Que venga el Comandante!

—¡Hay que avisarle a Ling Feng!

—¡Calma! ¡Calma, señores!

Muchos corrían sin tino; los más, se aglomeraban. Jorge Vélez no podía respirar. Margui Freizzer gritaba como loca. Valeria estaba pálida.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por Dios, qué ha sucedido?

Jorge Vélez trataba de explicar.

—Le disparó... desde una lancha... un soldado...

—Eran soldados japoneses —agregó un marinero.

—¡Disparan contra el barco! decía una Lady.— ¡Nos van a asesinar!

—¡Misericordia, Señor!

—No! No! —decía Edith Lerner.— ¡Fue Yonekura! ¡Lo he visto! Disparó desde allí con un revólver. Después trató de huir... ¡Se tiró al agua! ¡Yo lo ví! ¡Yo lo ví!

Muchos corrieron a la otra borda del barco, que estaba llena de curiosos.

—¡Lo recogió una lancha japonesa! —decía Camilo Freizzer

—¡Allá van! ¡Allá van!

—¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Debe estar loco!

—¡Lo deberían ahorcar!

Por la escalera bajó Ling Feng con Mohameed. Venían también dos oficiales, el Capitán, el médico.

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Llévenla al Hospital!

—¡Doctor, ayude usted! ¡Mucho cuidado!

—¡Permitanme, señores! ¡Yo la llevo! — decía Ling Feng.

Se acomodó en los brazos a la chinita y echó a andar con premura. Estaba pálido. Los demás lo seguían haciendo comentarios.

El Capitán daba órdenes.

—¡Nadie debe pasar! ¡Cierren las puertas!

Ya habían pasado algunos.

Las señoras que había en el corredor, indagaban:

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué pasa?

—¡Asesinaron a la esposa de Ling!

—¿Una bomba?

—Parece que...

—¿Nos están bombardeando?

—¡No diga tonterías! ¡Un incidente!

—¿Le parece incidente? ¡Asesinato!

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡Fue Yonekura!

—¡Parece que está loco!

Habían llegado a la clínica del barco.

—¡No entre nadie! —ordenaron, y cerraron la puerta.

El Capitán subió sobre cubierta. Ya el barco iba atracando.

Cuando Jorge volvió al puente de proa, se le acercaron todos a preguntarle.

Margui Freizzer era la más nerviosa. Edith no se cansaba de explicar la terrible maniobra de Yonekura. Lo había visto sacar una pistola.

—¿Y por qué no avisaste?

—¡No pude! ¡Me quedé como muerta! Oí el disparo...

No estaba bien segura de haberlo visto disparar.

—De no haber disparado, no se habría echado al agua —decía Camilo Freizzer.

—No me han dejado entrar —murmuró Jorge.— Parecía como muerta.

—¡Pobre chinita Ling!

—El esposo se llevará el cadáver.

Se dejó oír, estentoria, la bocina del barco. Todos corrieron a la borda. Ya habían puesto la escala y estaban descargando el equipaje. Baúles y cajones iban cayendo sobre el muelle negruzco. Los chinos cargadores los iban arreglando. Sus monótonos gritos se repetían con fúnebre insistencia.

En la Aduana esperaba una gran cantidad de judíos. Saludaban, vociferaban; se les veía contentos. Habían llegado en viajes anteriores y se alegraban de verse en nueva compañía.

—¡Pobre gente! —decía Valeria.

—¡Lo que aquí nos espera!—agregó Margui.

Peter Johansson trató de consolarla.

—¡No hay que desesperarse!

La gruesa voz del altoparlante se dejó oír.

—Los pasajeros pueden bajar al muelle. Que todos tengan listos sus respectivos certificados médicos. Los equipajes se les entregarán en la Aduana.

Cuando llegaron a la escala, ya iban bajando las maletas.

—¡Dejen pasar! ¡Dejen pasar! —decían los oficiales.

Mohameed se adelantó con Valeria. Jorge Vélez daba el brazo a Edith. Camilo y Margueritte trataban de ayudar a la madre, que estaba nerviosísima. Peter Johansson los esperaba ya en el muelle.

Los chinos cargadores vociferaban arrebatándose la carga. Los agentes de hoteles hacían a todo grito su propaganda

—¡Kathay Hotel!

—¡PALACE HOTEL!

Se sentía un alboroto infernal.

—¡AMERICAN EXPRESS!

—¡Taxi! ¡Taxi!

—¡PARK HOTEL!

Jorge miró a Edith Lerner.

—¿Te acuerdas?

—¡No lo olvido! ¡A las dos!

Unos buscaban su equipaje. Otros huían de los chinos. Margui estaba espantada.

—¡Mi maleta!

—¡Mi abrigo!

—¡Ay, mi madre!

—¡Mira! ¡Mira!—dijo de pronto Margui.—¡Ya bajan el cadáver!

Jorge Vélez sintió un escalofrío.

Valeria Lerner se puso a sollozar.

Dos camareros bajaban la camilla. Venía cubierta con un gran paño blanco.

Ling Feng venía adelante. Cuando llegó al final de la escalera, se acercó al grupo. Estaba pálido, pero no daba muestras de gran tristeza.

—¿No ha sido nada, saben? ¡No ha sido nada! Un ligero rasguño solamente. Se restablecerá dentro

de poco... ¡Sí! ¡Sí! Para Pekín en seguida! Mil gracias!

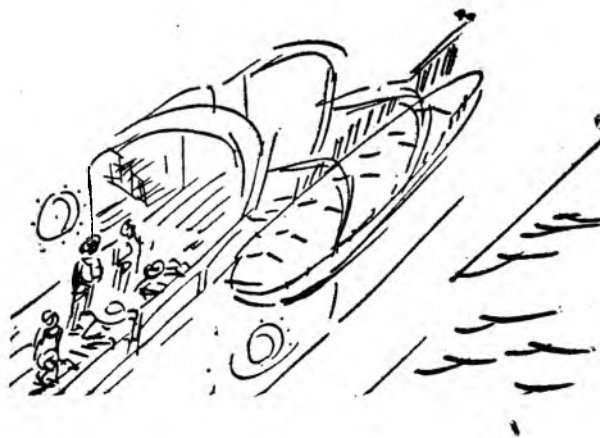
Se despidió nervioso. Los que llevaban la camilla habían seguido hacia la Aduana. Corrió para alcanzarlos.

—¡Buena suerte, señores! ¡Buena suerte!

Los del grupo lanzaron al unísono un suspiro de alivio. La agradable noticia los había reanimado. Les pareció que, entonces, se desprendían del incubo definitivamente.

Ya había vivido un sueño... Un negro sueño de pesadilla.

Menos mal que, después de tanta angustia, estaban todos SIN NOVEDAD EN SHANGHAI.



EN PREPARACION

C U E N T O S  
DEL  
**E C U A D O R**

SELECCION

y

NOTA PRELIMINAR

por

ALEJANDRO CARRION



# MUEBLERIA GOMEZ

AVE. CENTRAL 158 • TEL. 1354-L

Le estamos ofreciendo el mejor  
Radio del Mundo

## PHILCO



Solicite informes detallados sobre el  
económico, elegante y potente  
modelo de mesa 46-431

---

**RADIO  
MIRAMAR**

- Buenos  
programas
- Música  
selecta



**SINTONICELA**

**630 kilociclos**

**Onda Corta**

**750 kilociclos**

**Onda Larga**

---

# **Banco de Urbanización y Rehabilitación**

FUNDADO EN 1944

- Préstamos hipotecarios para  
construir la vivienda propia.
- Casas de arrendamiento.
- Urbanizaciones.
- Rehabilitaciones.
- Censo de la vivienda.

GERENTE:

Licenciado EDUARDO VALLARINO

Apartado 3394 (Calidonia) • Ciudad de Panamá

Teléfonos: Panamá 3453

Colón 213

- Tractores
- Arados
- Sembradoras
- Maquinaria Agrícola
- Abonos
- Insecticidas
- Vacunas

TELEFONO  
878

DISTRIBUIDOS POR

C. A. CHAPMAN V.

Apartado 217. • Panamá, R. P.

LEA

"Mundo Gráfico"

TODOS LOS SABADOS

Catorce años al servicio de la  
comunidad forman su mejor crédito.

MUNDO GRAFICO, S. A.

Apartado 912 • Panamá, R. de P.

**Lavandería Americana**

La mayor eficiencia y el  
servicio más rápido.

ESPERAMOS SUS ORDENES

Teléfono 3588

Avenida Perú No. 6

SUSCRIBASE

a la

Biblioteca

**SELECTA**

PRECIO B/1.50  
AL AÑO

envíe su vale postal

al Apartado 3181

MUEBLERIA

**TUÑON**

Ave. Central y Calle 13  
(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y  
elegantes a precios  
especiales.

COMPRE SUS  
MUEBLES  
CON TIEMPO

Aproveche nuestros  
precios especiales.

## FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES  
COSMETICOS  
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

## GUAYABERAS

*Agetro*  
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES  
DAN ELEGANCIA  
SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA  
"AMEGLIO"  
HELADOS  
"SUAVEL"  
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.  
Calle Juan B. Sosa No. 5  
. Tel. 2066  
PANAMA, E. P.

*Angelini*  
Teléfonos 887—1687      Avenida Central 179  
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

## FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

## GUAYABERAS

*Agetro*  
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES

DAN ELEGANCIA

SON PANAMEÑAS



LECHE MARCA  
**''AMEGLIO''**  
HELADOS  
**''SUAVEL''**  
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.  
Calle Juan B. Sosa No. 5  
. Tel. 2066  
PANAMA, E. P.

*Angelini*  
Teléfonos 887—1687      Avenida Central 179  
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

VISITE TABOGA

durante las festividades de la

## **VIRGEN DEL CARMEN**



Comodidades y precios especiales para  
los visitantes en el Centro Turístico de  
la Restinga al cuidado de Mrs. Malloy y  
en el Hotel Taboga de los Hnos. Chu.

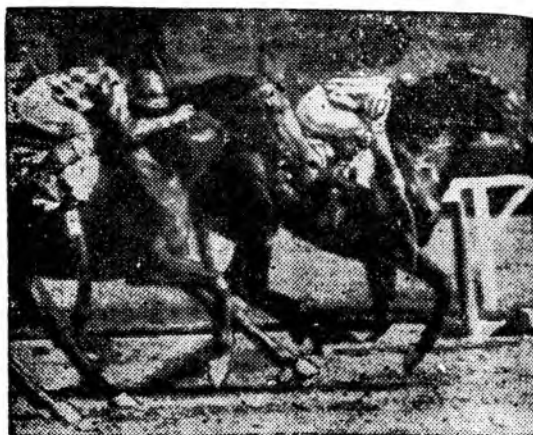


Servicios especiales de lanchas  
de Panamá y la Zona del Canal.



No olvide que estas festividades tendrán  
lugar los días 19 y 20 de Julio!

LA JUNTA DE FESTEJOS.



## **Carreras de Caballos**

**GANADOR • ONE TWO**

**QUINIELAS • DUPLITAS**

**Gane dinero y goce de un  
Soberbio Espectáculo**

**todos los**

**SABADOS Y DOMINGOS**

**en el**

**Hipódromo de Juan Franco**



La Super Cola  
**Canada Dry**

# LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad  
de la República se sostienen con el producto de  
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS  
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO  
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".

## **No Compre Chance Clandestino**

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados  
comprando únicamente billetes de la LOTERIA  
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS  
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

# BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS EN EL AÑO 1946

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruíz Vernacci. y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró.
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajar Escala.